

Editorial

La búsqueda de una educación entre y para los participantes es un ideal reflexionado y puesto en práctica desde la segunda mitad del siglo XX. Un propósito muy diferente del ideal educativo del siglo XVIII pensado y adecuado como un dirigir, en una sola vía, desde el maestro hacia el estudiante.

Tanto el primer ideal como el segundo se han constituido en hechos educativos antagónicos en razón de las marcadas diferencias de enfoques y procedimientos. Sus praxis han implicado también actos educativos muy distintos en las formas del decir y del hacer, ya sean éticas, morales, políticas, institucionales, culturales o de saber. Este proceder también ha supuesto una materialidad educativa, un tiempo del educar, un ámbito de las actuaciones. En el primer ideal educativo se propone un encuentro dialogal, en el que tanto maestro como estudiante son protagonistas del acto educativo. En el segundo, el maestro se erige como un modelo de saber, norma, ejemplo y conducta a imitar o emular por un estudiante pasivo, sin capacidad de discernimiento o con poco discernimiento.

Esta segunda concepción sobre el acto de educar tiene sus orígenes en el ideal Ilustrado del siglo XVIII, el cual ha considerado al sujeto como un receptor para transformarlo y llevarlo a niveles crecientes, indefinidos, de perfectibilidad humana. Pero no podemos llamarnos a engaño. Este ideal educativo sólo es posible en el concepto de guiar a un ser hacia la abstracción racional, calculadora y utilitarista que elige y mide las preferencias para alcanzarlas recurriendo al control.

El ser, por supuesto, es mucho más que elecciones y satisfacciones mensurables de preferencias. Es un ser dispuesto a recrear mitos, leyendas, prejuicios. Bien nos recordaba el maestro Guillermo Hoyos que desde Sócrates los filósofos también van a la plaza de mercado. Que el sujeto como modelo y autoridad de saber –en su propósito de realizar adecuaciones para la perfectibilidad– sólo es posible en una educación idealizada para un mundo inexistente. Bajo este presupuesto se han construido y reproducido modelos y tendencias de la pedagogía que no reconocen la autodeterminación, la autonomía y, ante todo, la comprensión del ser como ciudadano del mundo, como sujeto de encuentros y desencuentros, de equivocaciones y aciertos; como individuo de diálogos y argumentaciones.

No se trata de caer en el relativismo absoluto, en el que todo vale, ni en el escepticismo insalvable, en el que nada es posible. De lo que se trata es de darle espacio al acto educativo como posibilitador del aprendizaje, de la formación, del error, del acierto. Pero cuando una sociedad y una educación se dirigen únicamente a la implementación de la norma para sancionar la falta, como la reciente y exagerada ley para conductores

borrachos, estamos negando la posibilidad del acto educativo como un dirigir hacia la construcción de ciudadanía, con todo lo que ello implica el reconocimiento de valores, tradiciones, saberes formales y no formales, en otra palabras, la comprensión de las formas y los tiempos del decir y del hacer de la cultura.

El humanismo habita en la vecindad del ser. No es el maestro, ni el filósofo, ni el graduado con título universitario quienes siempre deben tener la última palabra: son los ciudadanos. Y los ciudadanos somos imperfectos. De manera que las pedagogías, normas y valores para un ciudadano perfecto sólo existen en aquel ideal educativo ilustrado del siglo XVIII, en el que el maestro, el ilustrado, el gobernante, el blanco, el caballero, el caudillo, el gamonal tenían la primera y última palabra. Por supuesto, para quienes abrazan con fe y esperanza tal propósito, la desilusión pronto llega. No podemos olvidar que en el seno de regímenes totalitarios, liberales y socialistas asistimos, durante los siglos XVIII, XIX y XX, a cruentas guerras fratricidas, nacionales e imperialistas. La educación como un dirigir hacia la perfectibilidad del ser humano no impidió evitar conflagraciones, genocidios y barbaridades.

La conclusión es sencilla: los seres humanos podemos ser educados hacia la perfectibilidad pero nunca alcanzaremos la perfección. Los tiempos y las materialidades de la educación cambian junto con las instituciones, los valores, la ética, la moral, el poder. Bienvenida una educación para la finitud, la contingencia, la incertidumbre.

Es cierto que los últimos tres siglos nos han dejado grandes ideas, maravillosos y sorprendentes inventos. Pero también catástrofes y conflagraciones. El maestro, el intelectual, el estudiante, el ciudadano no puede cerrar los ojos ante el Jano bifronte del Progreso. No podemos permitirnos asumir una actitud cínica ni complaciente ni tremendista ante las ideas fijas y ortodoxas. Lo seguro es el cambio y, con él, la creatividad.

Es el tiempo de decirle no más al paradigma actual de la educación: un dirigir racional, calculador y utilitarista que asocia valor con elección y satisfacción mensurable de preferencias; obsesionado por el control.

Hoy no se discute el alcance moral sino cómo se construye un sujeto moral. Jesucristo legó esta enseñanza para el humanismo. Bien advierte Manuel Reyes Mate que el prójimo es el que se aproxima. Nos constituimos sujetos morales en tanto nos aproximamos al otro. Para el cristiano este es un principio esencial. Para el musulmán es la hospitalidad. Queremos ser próximos. Queremos ser huéspedes. Bienvenidas las diferencias, bienvenidos lo encuentros y desencuentros. Antes que cristianos, musulmanes o judíos somos humanos y compartimos una humanidad. Somos seres de razón pero también de tradición. No se puede hacer tolerancia haciendo abstracción, vaciando la tradición. Tenemos una casa y una lengua, y somos más que la casa y la lengua. No podemos cerrar los ojos ante los grandes avances y logros de la razón, pero no podemos creer que los universales están por encima de las tradiciones. La razón práctica en Kant es moral no teórica. No somos iguales pero aspiramos a ser iguales. Es el momento de reconocer las relaciones entre la tradición y la universalidad, entre derechos culturales y derechos humanos, entre necesidades de los ciudadanos y propósitos de Estado. Es muy cierto: o quitamos todos los símbolos o reconocemos la relación entre las tradiciones y la universalidad.

El país abre este año con la esperanza de alcanzar la paz. Una paz esquiva durante los últimos cincuenta años. El principio fundamental de los negociadores será el diálogo para el acuerdo y la acción en medio de profundas diferencias. Una tensión permanente entre singulares y universales. La discusión en estos diálogos es parte de la reflexión a la que estamos llamados todos los colombianos.

Con la reflexión de los invitados a este número, precisamente, la Revista Temas expresa ser protagonista de los retos y cambios que el país demanda. Por ello ha configurado una edición con temas fundamentales para continuar comprendiendo nuestro devenir como sociedad y como nación: lo educativo, los movimientos sociales, la ciudadanía, la cultura y la democracia, la paz y la guerra, la historia regional.

Álvaro Acevedo Tarazona

Doctor en Historia

Profesor Titular de la Universidad Industrial de Santander (UIS)

Decano (e) de la facultad de Ciencias Humanas de la UIS